La noche de las constelaciones escondidas



La noche de Halloween había cubierto el bosque de Carrantuohill de sombras, hojas crujientes y una enorme luna redonda. Stjarnán y Caelán caminaban entre los árboles cuando descubrieron dos calabazas muy extrañas.

—¡Mira! —exclamó Caelán—. ¡No tienen caras!

En lugar de ojos y sonrisas, alguien había tallado estrellas sobre ellas. En la más grande aparecía la Osa Mayor y, en la pequeña, la Osa Menor.

Stjarnán se agachó para observarlas.

—Quizá esta noche las constelaciones también se han disfrazado.

De pronto, las estrellas talladas comenzaron a iluminarse una tras otra. Primero una, después otra y otra más, hasta dibujar las dos constelaciones completas.

Los hermanos levantaron la mirada. Sobre sus cabezas, la Osa Mayor y la Osa Menor brillaban exactamente igual que las calabazas.

—¡Nos están señalando un camino! —dijo Caelán.

Siguieron aquel pequeño sendero de luz entre árboles, murciélagos y setas hasta llegar a un claro. Allí no encontraron monstruos, fantasmas ni brujas. Solo una manta, dos tazas de chocolate caliente y una nota:

"Para dos exploradores que nunca dejan de mirar las estrellas."